

XXIV.

Manuscrito

(Continuacion.)

Habia todavía quien me quisiera en el mundo; esto me ligaba de nuevo á la vida.

Esta amistad naciente me hizo adquirir confianza, extendiéndose por hilos imperceptibles hasta mi amor hácia tí; no sé por qué volví á tener esperanza, la que yo creía perdida.

De vez en cuando se agitaba en el fondo de mi pecho una idea. —Si no hubiera muerto... si viviera...

Mis dos nuevas amigas y compañeras me preguntaron algo de mi historia; para ellas mi regreso desde la guillotina tenia algo de fabuloso, de extraño.

Lo mismo que Euridice, volvía de la region de la muerte.

Después de haberme visto en la carreta de los sentenciados, después de haber recogido mi única herencia, el capullo de rosa cortado en el patio de una cárcel, me volvía Teresa á ver viva y salva.

Habia pasado por debajo de la guillotina. Les referí todo.

Las dos eran jóvenes; ambas amaban, ambas se consumían de impaciencia y de anhelo de vivir.

Cada vez que llamaban á la puerta se miraban temblando y sentían en todo su sér la agonía de la muerte.

Me escucharon con tal asombro que participaba de la incredulidad.

Tenia diez y seis años, era hermosa, y sin embargo deseaba morir, porque estaba cansada de la vida.

Solo la idea de aquellos condenados, que bajaban uno á uno y que eschaban el ruido sordo de la cuchilla que separaba las cabezas del tronco, las hacia estremecer.

Tambien ellas me refirieron sus aventuras.

No sé por qué me parece que estas dos mujeres, tan hermosas y tan distinguidas, están llamadas á representar un gran papel en la sociedad, y por eso me ocuparé de ellas más extensamente.

Además, si tú vives y yo muero, y si vuelves algun día, deseo conozcas á las dos mujeres á quienes he confiado los últimos secretos de mi corazón.

¿Qué harías si no te escribiera? Esta será la segunda parte de mi manuscrito, en el que dejaré consignado todo, todo, hasta mis más intimas alegrías ó mis acerbos dolores.

Al escribirte me persuado de que vives todavía: me digo: no es probable, pero es posible que algun dia lea estas líneas. Verás en cada página que he pensado en tí constantemente y que no he cesado de amarte un momento.

Teresa Cabarrús es la hija de un banquero español: á los catorce años la casaron con el marqués de Fontenoy.

Un verdadero aristócrata, un marqués orgulloso con sus blasones y con sus castillos y creído de lo imprescindible de sus derechos feudales, un anciano jugador y libertino.

Desde los primeros dias de su matrimonio vió Teresa que estaba mal casada.

Los sentimientos del marqués de Fontenoy estaban de acuerdo por completo con el antiguo régimen, y cuando apareció la ley de sospechosos se hizo justicia á sí mismo, y encontrándose sospechoso se decidió á dirigirse á España.

Partió acompañado por Teresa. En Burdeos se hospedaron los fugitivos en casa de un tío de Teresa, el que llevaba el mismo apellido de su padre, Cabarrús.

¿Por qué se detuvieron en Burdeos, en lugar de continuar su camino?

¿Por qué? ¡Cuántas veces he oído esta interrogacion en el camino de la vida humana!

Porque estaban destinados á detenerse en Burdeos, y de esa detencion debia depender todo su porvenir.

Mientras están en casa de su tio, sabe Teresa que un capitan de un buque inglés, que debia darse á la vela, llevando á bordo trescientos emigrados, rehusaba levar anclas porque no le habian entregado el completo de la suma estipulada.

Faltaban tres mil francos, y les era imposible á los fugitivos completar aquella cantidad.

Hacia tres dias que aguardaban llenos de angustia y desesperacion.

Teresa, que no disponia de su fortuna, pidió aquella cantidad á su marido, quien la contestó que, como él tambien emigraba, no podia deshacerse de una suma tan crecida.

En aquella época tres mil francos en oro era una fortuna.

Se dirigió á su tio, quien la dió parte de la cantidad: vendió algunas alhajas y pudo completar el resto.

Teresa entregó los tres mil francos al capitan inglés, que esperaba en una posada de la poblacion.

El capitan preguntó al hostelero que quién era aquella mujer tan hermosa que no habia querido decir su nombre.

El hostelero la miró, la vió alejarse y le dijo que no era de Burdeos; que no la conocia.

El capitan refirió al posadero que era ella la que acababa de entregarle los tres mil francos que le faltaban, y que se disponia á partir.

Efectivamente, pagó su cuenta y salió.

El posadero era robespierrista; corrió al comité y denunció á la ciudadana... El no sabia quién era, pero sí que era hermosa y muy jóven.

Al volver del comité atravesó la plaza del Teatro, y vió á la marquesa de Fontenoy paseándose del brazo de su tio Cabarrús.

Reconoció á la mujer misteriosa y confió el secreto á dos ó tres terroristas amigos suyos, los que persiguen á Teresa, gritando:

—¡Esa es, esa es la que da dinero á los ingleses para que huyan los aristócratas!

Los terroristas se arrojan sobre ella y la separan del brazo de su tio.

Tal vez la hubieran destrozado sin más informaciones, si un jóven de veinticuatro á veinticinco años, hermoso, y vestido con el uniforme de los diputados en comision del gobierno, no hubiera visto desde un balcon lo que pasaba en la plaza.

Bajó precipitadamente, se lanzó entre la multitud, y llegando hasfa Teresa la cogió por un brazo, diciendo:

—Yo soy el diputado Tallien: conozco á esta mujer; si es culpable, pertenece á la justicia; si no lo es, herir á una mujer, y á una mujer inocente, seria doble crimen, sin contar lo que tienen de cobardes los hombres que maltratan á una mujer.

Y Tallien, entregando á Teresa á su tio Cabarrús, á quien conoce, les dice en voz baja:

—Huid: no teneis tiempo que perder; huid.

Pero Tallien no contaba con el presidente del tribunal revolucionario, Lacombe, quien acababa de saber lo que habia pasado y habia dado orden para prender á la marquesa de Fontenoy.

La prendieron cuando enganchaban el carruaje para partir.

Al dia siguiente de su detencion se presentó Tallien en la escribanía.

Tallien, ¿habia reconocido á la marquesa, ó aparentaba no conocerla?

El amor propio de la hermosa Teresa hizo creyera lo primero.

Cuando ella me refirió sus amores no conocia yo todavía á Tallien; de modo que juzgué por lo que me referia la bella prisionera.

Hasta entonces, sus relaciones con Tallien habian sido como las de una novela; pero aquella novela, ¿era una casualidad, ó un decreto de la Providencia?

El desenlace nos lo dirá.

Teresa me lo refirió y del mismo modo lo trascribo.

Mad. Lebrun era entonces el pintor en moda para las señoras.

Dibujaba lo natural, embelleciéndolo y haciéndolo más gracioso.

Resultaba de esto que la mujer más bella parecía aun mejor.

El marqués de Fontenoy había deseado, más por mostrárselo á sus amigos que por sí mismo, poseer un retrato de su mujer.

La condujo en casa de Mad. Lebrun, la que extasiada al ver aquel delicioso modelo, se comprometió á hacer el retrato, pero con la condicion que veria á la marquesa cuantas veces lo creyera necesario.

Cuando el original era una belleza regular, la embellecía un poco y nada más.

Pero cuando el modelo era una perfecta y acabada hermosura, entonces la artista pedia lecciones á la naturaleza y no descuidaba nada para llegar á la perfecta reproduccion del original que tenia delante.

En ese caso, y ya en los últimos toques, consultaba con todos de tal manera, que el marqués, deseando ver el retrato que tanto le hacian esperar, convidó á varios amigos para que asistieran á la penúltima sesion, para admirar la pintura que Mad. Lebrun estaba concluyendo.

Rivarol era uno de sus amigos, como casi todos los hombres cuya agudeza toca al talento, pero sin llegar á ser un génio; Rivarol era brillante en la conversacion, pero perdia extraordinariamente con la pluma en la mano y sobrecargaba de tachas lo que ya era casi imposible leer.

Habia hecho para la librería Panckoucke el prospecto de un periódico nuevo que deseaban publicar.

Los compositores y el regente se habian cansado en vano en descifrar el prospecto y no habian podido leerlo.

Tallien, que era corrector en la casa del ilustre librero, propuso llevar el prospecto á Rivarol, leerle con él, y despues de esta especie de traduccion, volver á llevarlo para la imprenta.

Por consiguiente, se presentó en casa de Rivarol, é insistiendo para verle, la criada le confió que estaba en casa de la pintora Lebrun, es decir, en la casa inmediata.

Tallien fué, encontró la puerta abierta, no halló quien pudiera anunciarle, oyó hablar en el estudio, y con el privilegio que ya se empezaba á tener de la igualdad de clases, abrió la puerta y entró.

Tallien era hombre de imaginacion; así es que calculó sus tres saludos. El primero, respetuoso y dirigido á Mad. Lebrun: el segundo, para la marquesa de Fontenoy, manifestando su admiracion: el tercero, de condescendencia para Rivarol, como hombre de ingénio y reputacion.

Despues se volvió á la pintora, y la dijo con soltura y gracia:

—Señora, tenia que hablar sobre un asunto urgente al señor de Rivarol... dificilmente se le encuentra en casa... me dijeron que estaba aquí, y me atreví á cometer la indiscrecion de venir, tanto por conocer á un pintor tan célebre, cuanto por encontrar al señor de Rivarol.

Tallien en aquella época tenia apenas veinte años; lo mismo que Teresa, estaba en la fuerza de su belleza y de su juventud.

Sus largos cabellos negros, rizados y sedosos, coronaban una fisonomía animada por ojos hermosísimos, en los que brillaba el gérmen de la ambicion.

Mad. Lebrun, admiradora, como hemos dicho, de todo lo bello, saludó á Tallien, y extendiendo la mano á Rivarol, dijo:

—Podeis hablar lo que gustéis, y como si estuviérais en vuestra propia casa.

Rivarol, lastimado por el prospecto, quiso tratar á Tallien como á un pobre corrector ó regente de imprenta; pero Tallien, muy instruido en el latin y en el griego, hizo ver dos errores cometidos por Rivarol, uno en el idioma de Ciceron y otro en el de Demóstenes.

Rivarol, que deseaba se burlasen de Tallien, comprendió que se burlaban de él, y se calló.

Tallien iba á retirarse, cuando la pintora le dijo deteniéndole:

—Caballero, acabais de hacer comprender á Rivarol dos errores en dos diferentes idiomas, y no dudo que habreis estudiado á Fideas y á Apeles, como á Demóstenes y á Ciceron. No sois adulator, ca-

ballero, y eso es lo que necesito, porque todos los que me rodean no se ocupan de otra cosa que de disminuir mis defectos.

Tallien se acercó sin cortedad, y aceptando el papel de juez que se le imponía, se fijó en el retrato.

Contempló largo rato la pintura y largo rato al original.

—Señora, le dijo, á vos os sucede lo que á todos los pintores de gran talento; á Van-Dyck, á Velazquez, á Rafael: siempre que el arte puede copiar á la naturaleza, triunfa; pero cuando la naturaleza sobrepaja al arte, el arte queda vencido.

Creo que nada hay que hacer en ese rostro, porque jamás llegaréis á la perfección del original; pero podeis dar una sombra más oscura á la cabeza y esto le realzaria: hecha esta pequeña corrección, me parece podeis entregar el retrato. Léos del original será admirable; pero aun cuando empleeis todos los artificios artísticos, estando cerca nunca parecerá tan bello.

Pasaron dos años: Tallien habia subido, y era secretario particular de Alejandro Lameth.

Una noche que la marquesa de Fontenoy habia comido en casa de su amiga la esposa de Lameth, Tallien, sin duda guiado por el deseo de volver á ver segunda vez á la que habia impreso profundamente su imagen en su corazón, tomó algunas cartas y se presentó preguntando si estaba en casa el Sr. Lameth.

Las dos señoras estaban tomando el fresco en una azotea llena de macetas de flores.

—Alejandro no está en casa, dijo la condesa; pero yo iba á llamar para que cortaran esa rama de rosas blancas para la señora de Fontenoy; no sois un servidor, Tallien, pero os pido el favor de cortarla.

Tallien la rompió con los dedos y se la presentó á la condesa.

—No ha sido para mí para quien os he pedido esas flores, dijo la señora de Lameth; pero puesto que habeis alcanzado la rama, tened á lo ménos el gusto de ofrecérsela á la persona á quien estaba destinada.

Tallien se acercó á la marquesa, y al ofrecerle aquellas rosas rompió una, la que fué á caer en el regazo de Teresa.

La marquesa comprendió los deseos que manifestaban los ojos del jóven; así es que tomó la rosa y se la dió.

Tallien, loco de felicidad, se inclinó y salió.

La marquesa de Fontenoy tenia, pues, razon para creer, cuando en la cárcel de Burdeos la anunciaron que deseaba hablarla el prócsul Tallien, que la habia reconocido, pero que aparentaba no conocerla.

Continuacion del anterior.

¿No te parece encantador, mi amado Jacobo, esos poéticos y novelescos amores de Tallien y Teresa Cabarrús?

Decia que al dia siguiente se presentó Tallien en la escribanía y previno á la marquesa de Fontenoy que deseaba hablarla.

Teresa contestó que, siéndole imposible dar un paso, rogaba al ciudadano Tallien tuviera la bondad de bajar á su calabozo.

El procónsul bajó.

El carcelero caminaba delante de él avergonzado por no haber dado un sitio mejor á una prisionera á quien *estimaba* el procónsul Tallien, hasta el punto de bajar á visitarla en el calabozo.

No era ni aun eso el sitio que habitaba la infeliz Teresa; era un verdadero foso.

Hay personas que nacen enemigas de todo lo bello, elegante y noble, y que basta poseer esas cualidades para ser odiado por ellas y despertar el rencor y la envidia.

Tal era lo que le sucedia al calabocero de Teresa.

Tallien encontró á la marquesa acurrucada sobre una tabla en medio del calabozo: admirado el procónsul de encontrarla así, la preguntó la razon.

—Huyo de los ratones porque durante la noche me han mordido los piés, infestándome con su olor.

El procónsul se volvió al carcelero y le lanzó una terrible mirada, que brilló como un relámpago.

El carcelero tuvo miedo.

—Se puede poner á la ciudadana en otra habitacion mejor.

—No, dijo Tallien, no hay para qué; dejadme aquí vuestra linterna y enviadme á mi ayudante inmediatamente.

El carcelero trató de disculparse otra vez; pero Tallien le despidió con una seña, la que paralizó toda idea de resistencia.

El miserable salió.

—Hé aquí, ciudadano Tallien, dijo con amargura Teresa, cómo debiamos volver á vernos por tercera vez. Nuestras primeras entrevistas me hacian esperar que la tercera fuera de otro modo.

—No he sabido vuestro encarcelamiento hasta esta mañana, contestó Tallien, y aunque lo hubiera sabido ayer tarde no me hubiera atrevido á venir. En medio de los espías que nos rodean nada puedo hacer por vos sino con la condicion de que ignoren nos conocemos, pues de lo contrario nada adelantaria.

—Pues bien, sea así; pero supongo me hareis salir inmediatamente de aquí.

—Sí; de este calabozo, al momento, dijo Tallien.

—Del calabozo no, de la cárcel, os lo suplico.

—Eso me es imposible: estais denunciada y presa por el tribunal revolucionario, y teneis que comparecer ante él.

—¿Comparecer delante de ese tribunal? ¡Oh, no! Eso seria estar ya condenada; una infeliz criatura, hija de un conde, esposa de un marqués, que está medio muerta de miedo por haber pasado la noche con una docena de ratones, es para estos tiempos un plato succulento para la guillotina.

Tallien se golpeó la frente.

—Pero ¿qué necesidad teniais de venir á Burdeos para pagar á un capitan inglés el pasaje de los enemigos de la patria?

—No he venido por eso. He encontrado en mi camino trescientos desgraciados, que he podido rescatar al cadalso por un puñado de oro. Suponed que en lugar de ostentar ese sombrero con plumas y esa faja tricolor fuérais un particular; estoy segura que hubiérais hecho lo mismo.

—¡Pero no era suficiente hacer emigrar á los otros ó favorecer su emigracion, sino que vos misma emigrábais!

—¿Yo? ¡Qué disparate! Me dirigia á España á ver á mi padre, al que no he visto hace cuatro años; ¿llamais á esto emigrar? Vamos, haced que nos devuelvan la libertad á mi marido y á mí, y que podamos partir; es lo que os pido.

—¿A vuestro marido? Creí que estábais separada de él por divorcio; á lo ménos me parecia...

—Tal vez es así; pero ciertamente que en los momentos en que se encuentra en la cárcel, y expuesta su cabeza, no me acordaria yo de eso.

—Escuchad, dijo Tallien; os aseguro que no soy el dueño absoluto, y que solo podré hacer dar la libertad á uno de los dos: el otro quedará en rehenes; ¿deseais partir? Decídmelo: en ese caso quedará vuestro esposo; ¿quereis que él parta? Vos permaneceréis aquí. Decídmelo: os dejo en libertad completa, pero es lo único que me es dable hacer.

—Y ¿garantizais la vida del que quede? preguntó la señora de Fontenoy.

—Sí, mientras que mi cabeza esté sobre los hombros.

—En ese caso, que parta mi esposo, dijo Teresa con adorable expresion de abandono; me quedaré yo.

—Vuestra mano para sellar el pacto.

—No, no sois digno de besar mi mano despues de haberme dejado tan abandonada; mi pié en ese caso; lo que de él hayan dejado los ratones.

Y descalzó su pié, verdadero pié de española, sobre el cual se veian las señales de los roedores nocturnos, y se lo dió á besar.

Tallien lo tomó con ambas manos y apoyó sobre él sus lábios.

—Juego mi cabeza, dijo; pero ¿qué me importa? me pagan de antemano.

En aquel momento se abrió la puerta del calabozo, y se presentó el ayudante acompañado por el carcelero.

—Amaury, dijo Tallien, espera aquí la órden de libertad para la ciudadana Fontenoy. Voy á buscarla al tribunal, y cuando me la entregen te la enviaré y ella te dirá á dónde desea ir.

Un cuarto de hora despues se recibió la órden: la ciudadana

marquesa de Fontenoy se hizo conducir á casa de Tallien, y el carcelero escribia á Robespierre:

«La república está vendida por todas partes: el ciudadano Tallien acaba de perdonar por su propia autoridad á una aristócrata, la marquesa de Fontenoy, presa por órden del comité de salvacion pública y antes de habérsela tomado declaracion.»

Teresa cumplió su palabra: su marido partió, y ella, no solo quedó en rehenes para Tallien, sino en casa de Tallien.

Desde aquel dia respiró Burdeos. Es extraño que una mujer hermosa y jóven sea cruel.

Teresa, la gracia, la dulzura y la persuasion personificada, habia cautivado á Tallien, y cautivó á Lacombe y á Isabeau.

Era una de esas naturalezas como la de Cleopatra ó la de Teodora, bajo cuya mano se doblega la cabeza de los tiranos.

Burdeos comprendió lo que debia á la hermosa Teresa. En los teatros, en los paseos, en las revistas, en las sociedades populares era frenéticamente aplaudida por el pueblo, el que miraba en ella la Egeria de la Montaña, el génio de la república.

Teresa comprendió que solo podia tener su amor una disculpa: dulcificar al feroz representante, al hombre implacable; arrancar los dientes y cortar las garras al leon.

Su gloria era que descansara la guillotina, y si frecuentaba los clubs y tomaba la palabra era para que su popularidad sirviera para la misericordia.

Recordaba que habia pasado una noche en un calabozo de la cárcel de Burdeos, y que los ratones habian mordido sus lindos piés.

Hacia que Tallien la diese la lista de los presos. ¿Qué ha hecho este? ¿Qué ha hecho aquel? preguntaba.

—Sospechoso, la contestaban.

—Tambien me acusaban de sospechosa. ¿Qué hubiera ganado la república con haberme guillotinado?

Y una lágrima caia sobre el papel y borraba el nombre.

Aquella lágrima abria el encierro.

Pero la denuncia del alcaide produjo fruto. Una mañana llegó á

Burdeos un enviado de Robespierre. Tallien fué reemplazado por él y partió con Teresa para Paris.

Robespierre se equivocó en su plan; el viento se inclinaba á la clemencia; Tallien, á quien Robespierre creia despopularizado por su indulgencia, fué nombrado presidente de la Convencion.

Desde aquel momento se declararon ódio mortal aquellos dos hombres.

El enviado de Robespierre le escribió desde Burdeos:

—Ten cuidado; Tallien aspira á representar gran papel.

No atreviéndose Robespierre á atacar de frente á Tallien, hizo que el comité de salvacion pública prendiera á Teresa.

La detencion tuvo lugar en Fontenoy-de-las-rosas.

Teresa fué conducida á la cárcel de la Fuerza.

Esto sucedió quince dias antes que me prendieran.

XXV.

Manuscrito.

(Continuacion.)

En un calabozo oscuro y húmedo, parecido al de Burdeos, fué arrojada Teresa.

Apoyada contra la pared permaneció toda la noche, y subida sobre una mesa, por temor de los ratones.

Dos ó tres dias despues la pusieron en comunicacion y la trasladaron á un cuarto, en el que habia ocho mujeres.

¿Adivinas, amado mio, en qué pasaban el tiempo y las noches interminables aquellas ocho presas?

Jugaban al tribunal revolucionario.

Siempre condenaban á la acusada; la ataban las manos, la hacian pasar la cabeza por entre los palos de una silla, la daban un golpe en el cuello y habia concluido.

De las ocho, cinco partieron para representar realmente en la plaza de la Revolucion el papel que habian estudiado en la cárcel de la Fuerza.

Entre tanto, Tallien rondaba alrededor de la cárcel, envuelto en una capa y procurando ver la sombra querida de Teresa por entre las rejas de las ventanas.

Por último, se decidió á tomar alquilada una buhardilla, desde la cual podia ver el patio en donde los presos se paseaban.

Una tarde, en el momento en que se disponia á volver al calabozo, porque, gracias á la bondadosa mujer de Ferney, habia dis-